

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 73.—BARCELONA 12 DE OCTUBRE DE 1915



Entierro de un soldado prisionero inglés, a quien se tributan honores militares

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

Saint Quentin.—Maubeuge.—Charleroi

(De nuestro Corresponsal)

XVII

Después del mediodía del siguiente volvimos las espaldas a Saint Quentin, con la sana intención de atravesar el reino de Bélgica, regido ahora por la férrea mano militar del ejército germano de occidente.

Nuestro trayecto está indicado por la línea que en agosto y septiembre últimos siguieron en sentido opuesto las tropas victoriosas del Kaiser: Saint Quentin, Maubeuge, Charleroi, Namur; enseguida Bruselas, Lovaina, Lieja; si nos basta el tiempo (y las autoridades militares lo permiten), visitaremos también Amberes.

Entretanto conversamos con oficiales y soldados. Sobre todo, llámame la atención un hecho, que ya había tenido oportunidad de observar y ahora acabo de comprobar. Es la alta idea que el soldado alemán tiene del francés. Quizás un rasgo del sentimentalismo germánico, que aquí se expresa en una especie de inclinación y hasta de cariño por el pueblo a quien, sin desearle mal alguno, tienen que hacer sufrir por la fuerza misma de las cosas. Todo el amargo rencor que acompaña las palabras de estas

gentes al hablar de los ingleses, desaparece como por encanto, apenas pronuncian el nombre «francés».—El francés es un soldado digno y valiente, un hombre civilizado y sincero en sus sentimientos. Si nos hace la guerra, lo hace dirigido por un grupo reducido de políticos sin conciencia, ambiciosos o jacobinos; el pueblo en sí desea la paz. Si nos odia, su odio mismo nos llena de orgullo, porque tiene por causa nuestras victorias de 1870-71; su emblema la palabra «revanche», deseamos verla desaparecer tras la hermandad de dos naciones grandes, antes que por el fuego de las batallas.

En total y en resumen, esta es la manera como los «bárbaros» de aquende el Rhin corresponden a las invectivas y al desamor de sus vecinos de occidente.

En esto, llegamos a Maubeuge, después de una escasa hora de marcha. Las ruinas de paredes y fuertes destrozados por balas y granadas, de los edificios abrasados por las llamas, déjanse ver aún, casi intactos, aquí y allá, mudos testigos de los efectos desastrosos de los morteros de 42 cm. y, no menos, de

las baterías austriacas, durante el sitio de la fortaleza del 27 de agosto al 7 de septiembre de 1914.

En tanto que las tropas alemanas continuaban su avance hacia el Sur, en persecución de los ejércitos del general Joffre, quedaron frente a Maubeuge partes del segundo ejército, que, reforzadas con las tropas de sitio necesarias, empezaron a sitiar la fortaleza.

Maubeuge, como en general todas las fortificaciones del N. de Francia, han sido en estos últimos tiempos descuidadas y se encontraban al empezar la guerra, en un estado por demás impropio para ser defendidas contra los armamentos modernos. Atribúyese tal descuido a las intenciones de defenderse de un ataque alemán en Bélgica misma; la hipótesis de que las autoridades militares francesas confiaran en la neutralidad de Bélgica, es seguramente una determinante suficiente a explicar, si no a justificar tal manera de proceder.

Alrededor de la fortaleza misma (construida por Vauban a fines del siglo XVII), encuéntrase 6 fuertes: tres al N., tres al S. del Sambre, en una circunferencia de 9 km. de diámetro, aproximadamente. Han sido construidos después de 1870, con intención de hacer de la plaza un punto de apoyo. Entre estos fuertes, impropios ya para la defensa, se ha construido 7 intermediarios, principalmente importantes por su posición perfectamente estudiada, aprovechando todas las ventajas que el terreno montuoso presenta.

La estación de Maubeuge, lo es de las líneas Bruselas, Mons, Maubeuge y París, Maubeuge, Charleroi, ambas de gran importancia para el avance en el N. de Francia. De ahí que la toma de la plaza debiera hacerse con la mayor rapidez. El sitio de la ciudad empezó a ser efectivo el 27 de agosto. El ejército sitiado contaba con 45,000 hombres, al mando del general Fournier, entre ellos algunos 120 ingleses desprendidos de sus tropas. El general de Infantería von Zwehl disponía, para el sitio, de dos divisiones (unos 30,000 combatientes). El cuartel de este último fué cambiado el 6 de septiembre, después de la toma del fuerte Boussois,—lado Este—de la aldea belga Binche, a un caserío cercano al fuerte.

El día 7, a eso de las 2 p. m., se presentó ante el Estado Mayor alemán un parlamentario francés. Solicitaba, de parte del comandante de la plaza, una tregua de 24 horas para recoger los innumerables heridos y tratar sobre la entrega de la plaza. El comandante alemán acababa de ordenar un bombardeo general de todas las baterías y no quiso detenerle. Por otra parte, bien sabía que sus tropas eran muy necesarias al Sur y no había 24 horas que perder. Concedió al parlamentario cuatro horas para recoger de su general los poderes necesarios a firmar una capitulación, sin que, entretanto, se paralizara el fuego. El capitán Grenier, los ojos vendados, fué acompañado del General von Unger hasta las primeras filas.

El capitán Grenier ha pasado largo tiempo en Alemania. Durante su estancia en Berlín tuve oportunidad de conocerle y tratarle. Hospedábase en la misma casa que yo habité, hasta poco tiempo antes de estallar la guerra. Nuestras conversaciones diarias rodaban sobre el tema del ejército alemán, que

él admiraba sinceramente. Serio, sin prejuicios ni jacobinismos, inteligente, en alto grado ilustrado, supo ganarse mi amistad y admiración. Acostumbraba diariamente a ir frente al palacio de los reyes de Prusia, cuando se cambia la guardia al mediodía.

No sé si esta vez despertó en él las mismas ideas o sensaciones la guardia del jardín en que el Estado Mayor alemán se inclinaba sobre las cartas abiertas, extendidas sobre mesas vulgares, debajo de los árboles que iluminaba el sol cercano al horizonte. Me figuro que no. El caso fué, que algo después de las 6 p. m. entregaba un pliego al general von Zwehl. En él se contenía un poder amplio para firmar las condiciones de la entrega. Esta debía hacerse sin reservas, con todo el material de guerra y estandartes. El capitán Grenier se inclinó sobre una mesa y firmó.

Dióse orden de suspender el fuego. Un «hurra» atronó los aires, salido de los miles de pechos triunfantes y gozosos.

El día 8 a las dos de la tarde empezó el desfile de prisioneros por la puerta de Mons. El príncipe Federico Leopoldo de Prusia contemplaba el paso de tantos valientes, al lado del comandante. Al de la plaza le fué devuelta su espada, en reconocimiento de la defensa heroica. Ocho horas duró el desfile, en el cual se vió a varios soldados ingleses más que ligeramente embriagados y no, por cierto, con el solo humo de la pólvora y el fragor de las batallas, profanando con su comportamiento soez la seriedad de aquel triste cuadro de guerra.

A la derecha el Sambre, de aguas lentas y tibias. A la izquierda la verde llanura, cortada por leves colinas perpendiculares al curso del río. Así continúa nuestra rápida marcha hacia Charleroi. Del paso tempestuoso de la guerra a fines de agosto, no se ve nada, si no es un derrumbado muro, algún árbol quemado.

En tres días atravesó el ejército del general von Kluck la región comprendida entre el N. de Namur y Maubeuge. En Charleroi se desarrollaron encarnizados combates entre los ejércitos atacantes y el francés, que venía a ayudar a los belgas en la defensa de su territorio. Sin embargo, no pudiendo oponer resistencia a la ofensiva germana, hubo de retirarse hacia el S. y hacia el O. Las tropas inglesas, al mando del general French, habíanse apostado entre Biche y Mons. Al notar la fuerza enemiga, decidieron tomar posición entre Maubeuge y Valenciennes. Mas como las tropas francesas seguían retrocediendo en toda la línea, temiendo French quedar aislado, dió orden de retirarse sobre Saint Quentin con objeto de tomar posición detrás del Somme. Las tropas alemanas perseguían con tenacidad, originando al enemigo grandes pérdidas, al O. y al S. de Saint Quentin.

Sin detenernos atravesamos la región industrial de Charleroi. Las chimeneas de las fábricas humean y los trenes de ferrocarril van y vienen bufando y pitando, crugiendo al atravesar cada empalme de las innumerables vías de hierro, que cubren materialmente el suelo.

XVIII

Namur.—Bruselas

Cruzando a cada rato el Sambre sinuoso en cuyas aguas se refleja el caliente sol, resopla la máquina de nuestro tren. Rueda éste sin cesar siempre a lo largo del río y, al verla desaparecer confundíendose en la corriente turbia del Mosa, desolado, detiénese con choques de dolor y agudos silbidos plañideros.

Vamos a visitar las fortificaciones de la plaza. Después de abandonar el tren nos dirigimos a un fuerte sin perder tiempo.

Las fortificaciones antiguas, aquí también del siglo XVII fueron echadas por tierra en 1866. Alrededor de 1890 dotó el general Brialmont la ciudad de un anillo de fuertes de mucha mayor amplitud. Tiene la forma de un trapecio de bases paralelas, de las cuales la mayor, al S. E. alcanzando el Mosa con ambas extremidades, mide 13 kms. de largo, y la menor apenas 8 kms. Cuatro fuertes forman la primera; la segunda, dos. Cada uno de los lados no paralelos del trapecio consta de un fuerte. De una a otra de las bases hay una distancia de 8 kms. Los fuertes son acorazados, dotados de cañones de 15 y 12 cm., obuses de 21 y cañones de tiro rápido de 5,7 cm. Pero los intervalos entre los fuertes carecen por completo de toda fortificación. En esto contrastan con Maubeuge.

La ciudad está colocada en el ángulo pronunciado del Mosa, a la izquierda de éste, en la desembocadura del Sambre. A causa de esta posición de gran importancia estratégica fué objeto de los ataques del ejército alemán a principios de la guerra, después de la toma de Lieja.

En la tarde del 21 de agosto dejóse oír el tronar de los morteros de 42 cm. contra los fuertes de la ciudad, alternando con las baterías de motor de los austriacos. Los espacios comprendidos entre los tres fuertes del E. fueron los primeros que tomó el atacante. Los defensores, por su parte, convencidos de la inutilidad de la defensa, sólo dejaban funcionar las baterías de los fuertes para cubrir la retirada de las tropas belgo-francesas, quienes, al retirarse, hicieron saltar algunos puentes del Sambre y del Mosela. El día 24 habían caído cinco fuertes en manos del asaltante. El 25, los cuatro restantes. Dentro de la ciudad no hubo combate, pues el comandante belga quiso ahorrar a la población los horrores de un bombardeo. Pocas fueron las granadas que en ella cayeron e insignificantes los desperfectos causados. Y mientras belgas y franceses se retiraban al S. y al occidente, perseguidos por la caballería enemiga, destilaban infantería y artillería alemanas en una de las plazas más fuertes del reino de Bélgica.

Con esto quedaba el país entero bajo el poder efectivo de los invasores, pues el punto de apoyo más cercano para una resistencia ofrecíale tan sólo la línea de fuertes del N. de Francia.

Para observar de cerca los estragos causados por la nueva artillería de los aliados centrales, quisimos ver los fuertes más alcanzados por ella. Desgraciadamente «razones de orden militar» opusieronse a ello y nos tuvimos que contentar con el único abierto al público, que no es ciertamente donde mejor pudié-

ramos llenar nuestra curiosidad. Por lo demás, los destrozos han sido reparados por los nuevos señores de la plaza, casi en su totalidad, para poner ésta de nuevo en estado de defensa. Un agujero en forma de embudo, pudimos ver, cavado en el suelo por una granada. De ahí viene el nombre de *Trichter* (embudo) que los alemanes dan a pozos causados por granadas shrapnels.

La dirección de nuestra ruta varía enseguida rumbo a Bruselas. Recargado en el marco de la ventanilla frente a mi coupé, observo asombrado la verdura del campo cultivado con la escrupulosidad de tiempos de paz. Árboles frutales y hortalizas se suceden, cortando la monotonía de los campos de cereales, cuyas espigas inclina el viento que junto a la vía hace mover el tren. Los campesinos belgas, —aunque permanecen en su interior enemigos del triunfador, que cruzó tempestuoso su territorio sembrando sangre y fuego a su paso,—se han convencido ya de la defensa y seguridad que las nuevas autoridades militares y civiles les otorgan contra una repetición de semejantes acontecimientos. Así van a su trabajo cotidiano si no con la misma alegría, sí con la misma fe de pasados tiempos, en que el Dios de la paz había tendido su blanco velo sobre la tierra.

Uno de mis colegas coloca su mano sobre mi hombro.

Señor Teniente, dícame, yo, en calidad de civil, no entiendo mucho sobre estas cosas, ¿quiere usted explicarme algunas dudas y reflexiones que nuestro viaje ha despertado en mí?

De grado, querido colega. Trataré de aclararle las dudas militares que le intranquilizan, en el límite de mis conocimientos.

¿Cómo es, pues, que el Jefe de un ejército puede dirigir la batalla con tanta minuciosidad y perfección, encontrándose separado por muchos kilómetros de sus tropas?

No es un hecho que la dirija con todo detalle y minuciosidad, pues es uno de los principios del arte militar moderno, el dejar a los sub-jefes la mayor libertad coordinable con la uniformidad de los movimientos en todas y cada una de las partes de un ejército. De esta manera se da a cada jefe un campo de acción amplio dentro de las órdenes generales de sus superiores, para la aplicación de los medios propios, a su juicio, a alcanzar el fin que los directores de la acción se han propuesto. Es el ejército alemán sin duda aquel en que este principio alcanza su desarrollo más escrupuloso.

La razón de ello es sencilla, si se tiene presente que un solo jefe no puede dominar, ni con mucho, el inmenso teatro de la guerra; no digo con la vista, pero ni aun, en cada aspecto de la lucha, por medio de los innumerables medios de comunicación de que se dispone. ¿Observó usted durante nuestra estancia en el cuartel general del segundo ejército en la casa que sirve de oficina al jefe, aquella red de hilos metálicos? ¿y vió usted, al pasar, la oficina semiabierta, cuyas mesas estaban cubiertas por grandes planos? Pues bien, estos planos son el campo de batalla del general y aquellos hilos algunos de los conductores que traen del campo verdadero de combate la noticia de todos los cambios y variaciones efectuados. Y digo algunos, porque además del telégrafo y el teléfono úsase de telégrafo inalámbrico, de heli-

grafos, de correos en auto, en motocicletas, en bicicletas, para distancias más cortas, a caballo, cuando faltan caminos para los vehículos, y a pie.

Pero ahora verá usted qué es lo que de esta manera se comunican. Las prescripciones emanadas de los jefes llámanse directivas u órdenes. Las primeras provienen del gran cuartel general e indican a los jefes de ejércitos la dirección general a que deben someter sus movimientos, no olvidando de expresar claramente el fin que persigue tal táctica, tal plan. —¿Cómo es que dicen que los planes están estudiados y hechos con anticipación durante la paz?— Ciertamente lo están. Mas es claro que las cosas no

sus inmediatos inferiores, después de adaptarlas a las tropas bajo su mando. En su nueva forma siguen llamándose órdenes o mandatos. La escala decreciente en amplitud se continuará hasta los soldados mismos. Los mandatos aumentan al mismo tiempo en concreción, bajando desde la directiva general y razonada, hasta la simple voz ineludible de «fuego», «marcha».

—Ahora comprendo mejor, cómo puede organizarse la batalla desde lejos. Manera es ésta que dista ya muchísimo de la empleada por un Napoleón, presente siempre en todas las partes de la lucha.

El silbato de la locomotora anuncia Bruselas. Los

garçons del Palais Hotel abalanzan sobre los equipajes. Los autos esperan impacientes a la salida de la estación. El ir y venir de peatones y coches, tranvías y carros, el silbar de los trenes y el murmullo inmenso, indescriptible que se desprende de una gran ciudad en actividad. ¿Es esto Bruselas? No hemos equivocado nuestro itinerario. ¿Es esta la capital del país que azotó la guerra hace algunos meses, del uno al otro confín, y que aún es objeto de las más encarnizadas discusiones y de los más respetables sentimientos de conmiseración en el mundo entero? Yo me había figurado encontrar una ciudad muerta, desolada, si acaso poblada de uniformes grises, semejante a un cuartel inmenso que no ha mucho visitó el cañón enemigo y cuyas paredes y techos yacen por el suelo en partes... En todo el trayecto que recorreremos hasta el hotel, nada quiere comprobar mis temores. Antes bien, lucen las casas de comercio, prontas ya a cerrarse y—sistema universal de dejarlo todo para lo último—hormigueantes de compradores. Las calles están regularmente iluminadas. Chicos juegan en las callejuelas, jovenzuelas de ojos azules y mirar provocante pasean sus gracias y bellezas por los boulevards más concurridos. En las terrazas de los cafés y restaurantes espumea la cerveza y



Apertura de un pozo artesiano en Polonia para evitar la bebida de aguas contaminadas

suceden siempre en la realidad de la manera ó maneras previstas. Además, la comunicación entre las partes del ejército se hace por intermedio del cuartel general.

—¿Y las órdenes?

—¡Allá vamos, mi señor amigo! Cada jefe de ejército, en consideración y a la vista de su situación actual, busca los métodos que le hagan apto a alcanzar los fines dictados desde arriba. Sus decisiones las comunica ya en forma de órdenes. Sin embargo, estas órdenes son aún bastante vagas. Los jefes de cuerpos de ejércitos las reciben y las transmiten a

riela el vino. No creo que en los tiempos del reinado de Alberto I haya sido muy distinto de como ahora es. No dejo de sentir cierta desilusión interior, que trato de ocultarme a mí mismo bajo los prejuicios morales que experimenta el hombre culto del siglo que corre.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

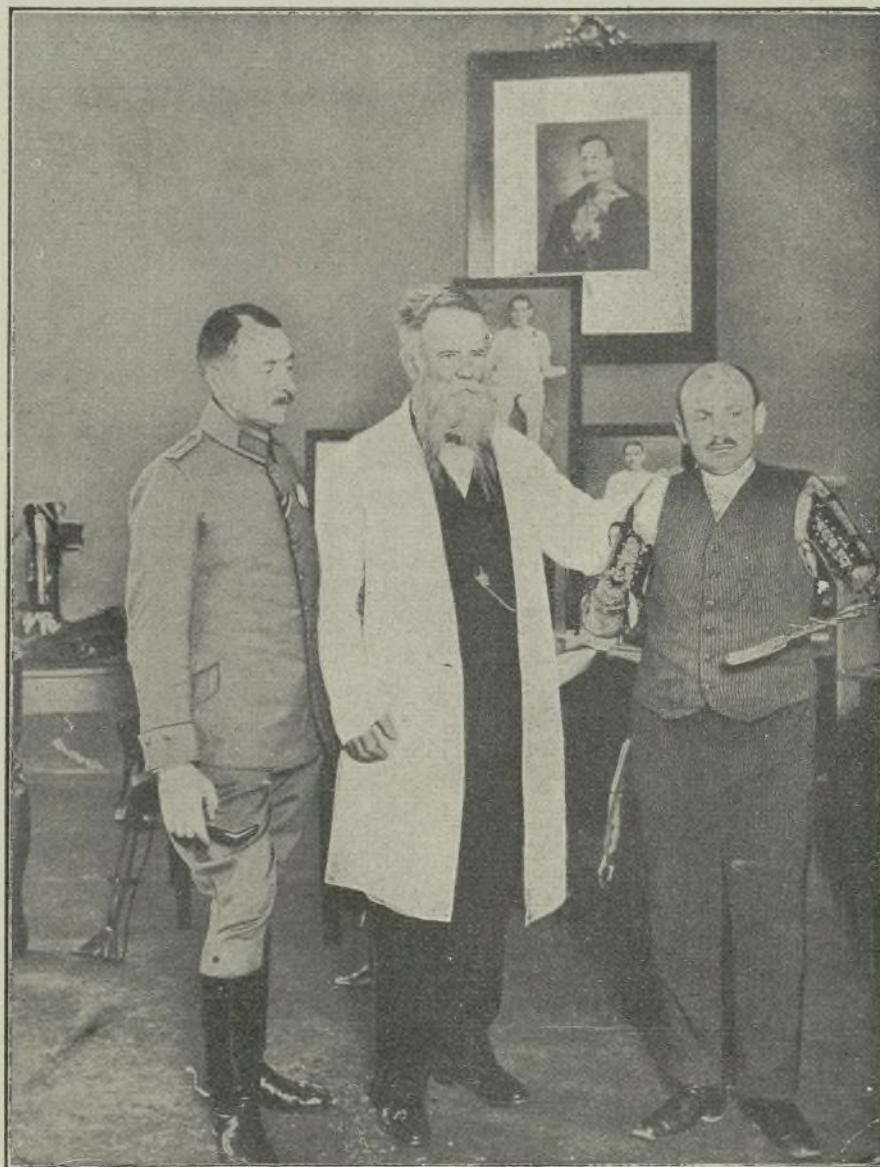
EL TRISTE CASO DE ITALIA

Si el amor propio y la vanidad no cegaran a los pueblos, como a los individuos, ¡de cuántos males se libraría la humanidad, y a cuántos otros pondría inmediato remedio! Pero una de las características de nuestra flaqueza espiritual es la persistencia en el error, que se agranda y adquiere desusadas proporciones cuando son las muchedumbres y las naciones las que incurren en él.

Viene esto a cuento del caso de Italia. Era opinión corriente y generalizada, que los estadistas italianos sobresalían por su perspicacia y sagacidad; y el hecho es que han obrado con una inocencia infantil y con una confianza que no tenía fundamento. Si quisieron ir a la guerra, excelentes ocasiones se les presentaron desde septiembre de 1914 a febrero y aun marzo de 1915; dejaron transcurrir el tiempo, y apenas la derrota de Rusia se hizo indudable, en los momentos en que más enardecido estaba el espíritu austro-húngaro por las victorias de Galizia, declararon la guerra. Se les ofrecía buenamente el Trentino y una pingüe rectificación de fronteras en el E., y les pareció mezquina y despreciable la dádiva; sin duda, conquistarían mucho más y sus banderas tremolarían orgullosas en las calles de Viena, cobijarían bajo sus pliegues todas las riberas del Adriático septentrional y oriental, y ¡quién sabe si se pasearían vencedoras por el N. de Africa, y la colonia de Eritrea se extendería hasta la codiciada Abisinia, de triste y punzante recordación.

¿Iba Italia a la guerra a mirar las fronteras austríacas? ¿Acaso se cifraba su anhelo en sufrir reveses tras reveses? ¿Se proponía, por ventura, elevar todavía más el espíritu del que fué largo tiempo fiel aliado, pero siempre aborrecido enemigo, al que jamás se perdonó su superior empuje militar? ¿Trataba, quizás, de que los irredentos se convencieran de que se encontraban bien bajo el cetro de los Hapsburgo? ¿Les agradaba verse humillados e impotentes ante las improvisadas fortificaciones del Isonzo, y que sus famosos bersaglieri sólo en pensamiento se internaran en los abruptos valles de los Alpes? ¡No! Italia esperaba que sus ejércitos ejecutaran un paseo triunfal y que los deseos de la nación se realizasen con

facilidad y en un plazo brevísimo. No se lanza voluntariamente y sin ser apremiado o retado por otro un Estado a la guerra, para permanecer meses y más meses sin avanzar un paso, perdiendo hombres y gastando sumas que no tiene y que ha de arbitrar por el crédito. Para este resultado, bien estaba en su casa, economizando sangre y fomentando la prosperidad interior. Cuando se abraza el partido de la guerra por propio impulso y sin tener enemigo enfrente, es que se está convencido de que el éxito será



En la «Institución Hindenburg», de Königsberg, funciona un centro ortopédico bajo la dirección del doctor Höftman, destinado a dotar de aparatos adecuados a los inválidos de la guerra

indudable e inmediato; y mucho más si se desprecia una oferta tan valiosa como la que propuso Austria. Conviene repetirlo, para grabarlo bien en la imaginación del lector: el caso de Italia es esencialmente diferente del de los otros beligerantes: éstos quedaron fatalmente envueltos en un engranaje que los arrastró a todos; Italia intervino en la guerra serenamente, cuando lo creyó oportuno, rompiendo un tratado de alianza, sin ser provocada. ¿Qué ha adelantado en casi cuatro meses de campaña? Lo que evacuaron los austriacos en los primeros días, por ser imposible su defensa. ¿Qué resultados ha obtenido? ¿Fortalecer el espíritu del adversario y deprimir el propio? No caben eufemismos ni palia-

tivos: Italia ha fracasado en su acción militar.

Pero, se dirá, sosteniéndose meses y meses en sus actuales posiciones, como los franceses y británicos en el otro frente, Austria concluirá por agotar sus fuerzas y será derrotada. Este argumento sólo impresiona ya a los pueblos beligerantes, cuya claridad de juicio es natural que esté ofuscada. Los demás, conservamos la agudeza de visión y la serenidad de pensamiento suficientes para saber que si Italia ha de esperar el triunfo por un camino tan largo y un método tan problemático ¿qué necesidad tenía de desenvainar ahora la espada? ¿No hubiera sido mejor esperar y ponerse debajo del árbol, para coger la fruta cuando se desprendiera por su excesiva madurez? Lo mismo tuviera que romper el tratado de alianza entonces que lo ha tenido que romper en mayo. No: Italia creyó, se necesita tener prejuicios muy arraigados para no estar convencido de ello, que con su intervención detendría la marcha victoriosa de los austro-alemanes en Galizia y que el irresistible empuje de sus armas le pondría en posesión de los territorios codiciados, fuesen o no irredentos. ¡Cuán mortificante ha debido ser la herida del amor propio italiano, contemplando cómo ni Alemania ni Austria modificaban su campaña ni alteraban sus planes; cómo ni Joffre ni French salían de sus trincheras a pesar del apoyo del país de los Apeninos; cómo Austria no se preocupaba del nuevo adversario, y sólo destacaba un puñado de hombres a contenerlo! Resueltamente, la intervención de Italia no ha pesado en la balanza; ha influido menos, lo dicen los hechos, que la minúscula aunque esforzada Serbia. Allí en lo íntimo de las conciencias italianas, debe estallar un solo grito de dolor: ¡el mundo no nos ha hecho caso! ¡Nuestra intervención ha sido inútil!

Siendo esto así, lo lamentable es que Italia no rectifique el mal paso que ha dado, que persista en el error, que sabiendo o presumiendo los daños que la esperan, no se enmiende y ponga remedio, ahora que todavía es tiempo.

Vano sería esperarlos. El vértigo del abismo atrae a las naciones como a los individuos. Con tristeza asistimos al espectáculo de Italia. Ninguno de los otros beligerantes goza de la libertad de resolución que ella; lo que se llama el destino, algo superior a la voluntad humana, los ha arrastrado y los tiene sujetos al carro de Marte; pero Italia se ha uncido ella misma, y nada ni nadie se opone a que se salga del palenque. Cuando se comete una equivocación y se advierte luego, deber es el enmendarla; por desgracia, más que el deber, más que la conveniencia, más que el instinto de conservación, pueden el amor propio, el despecho, una acaso mal entendida dignidad. De aquí que cause profunda pena el espectáculo de un pueblo que se ha engañado, que sabe que se ha equivocado y, sin embargo, resignadamente, arrostra las consecuencias del yerro y se prepara esforzadamente a sufrirlas y soportarlas, por dolorosas que sean.

Y no es Italia sólo. De nada habrá servido esta lección al resto del mundo. Basta recordar lo que aconteció en julio del año pasado, para deducir que cabalmente en las cuestiones más graves y que más de cerca atañen al porvenir y a la existencia de los pueblos, la reflexión es menor, más apasionado el

juicio y más rápida e inmediata la resolución. Desde este punto de vista, los adelantos de la civilización suenan a amarga ironía. Para matarse y destrozarse mutuamente, para estrellarse las naciones las unas contra las otras, la civilización actual es la misma que la de treinta siglos atrás: ninguna. Impera la pasión, grita el odio, prevalecen los malos instintos. ¡Así hemos encontrado al mundo, y así seguirá! Por lo menos, hemos de dolernos de ello, lamentarlo, llorarlo.

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Un artículo épico

—Con certera visión de la realidad, la prensa inglesa refleja su preocupación, aunque procura disimularla, por lo que acontece en los Dardanelos; una fuerte corriente de opinión se muestra contraria a lo que allí mismo se empieza a calificar de aventura, y censura la impremeditación y escasos preparativos con que se emprendió.

Buscaban allí los ingleses la resolución de la guerra, aparte de alejar el peligro que se cernía sobre Egipto. Forzados los Dardanelos, toda la península se alzaría contra Alemania y Austria, a quienes se cerraría una puerta, aún entreabierta, de comunicación con el resto del mundo; al mismo tiempo, llegarían a los aliados los petróleos y granos de Rusia, la cual, a su vez, recibiría los recursos militares de que tanto necesita. La India ensanchada, La Persia dividida entre Rusia y la Gran Bretaña, quitaba a los austriacos su salida al mar, cerca de un millón más de combatientes arrojado contra los imperios centrales... Era el triunfo definitivo, para siempre; la muerte y la anulación del indomable y fuerte adversario; la consolidación y extensión del poderío propio. Empresa que tan espléndidos y dilatados frutos brindaba, bien valía la pena de intentarla.

No se contaba, empero, con lo que despectivamente se llama *organización* alemana y que sería más exacto denominar *superioridad* alemana. El ejército turco fué reorganizado con una celeridad pasmosa; destacáronse allá centenares de esos oficiales alemanes, que jamás se acaban y que parece que brotan espontáneamente de la tierra, tantos son; montáronse fábricas de municiones y armas, inmensas cantidades de material llegaron a Constantino-
pla, vía Rumanía y Bulgaria; y cuando los franco-ingleses llamaron a las puertas de los Dardanelos, salió a recibirles el alma alemana dentro de un cuerpo turco.

Fracasados los ataques marítimos lo mismo que después los terrestres, la diplomacia entró en escena. ¿Quién resistiría los hábiles manejos de Inglaterra y Francia y el omnipotente mandato de la aplastante Rusia? Si Italia había caído en el lazo ¿cómo no caerían los Balkanes? Pero en estos tiempos tan crudos y prosaicos, si la argumentación vale mucho, puede más la fuerza.

Grecia no veía claro, y chasqueó a los aliados sin más que adoptar una actitud de extremada sabiduría: hablar mucho, prometer más y no hacer nada. Todavía con más claridad vió Bulgaria: Rusia o In-

glaterra en los Dardanelos y Constantinopla, era lo mismo que condenar a muerte a Bulgaria. Sólo Rumanía pareció impresionarse y estuvo a punto de dejarse seducir por el tono agrídulce de los diplomáticos de la alianza. Con eso bastaba, porque la entrada de Rumanía en la guerra hubiera arrastrado aun contra su voluntad, a Bulgaria y Grecia. Hubo un instante en que la batalla cancilleresca pareció ganada. ¡Por fin la derrota de los austro-alemanes iba a ser un hecho irremediable y positivo!

Antes de que los aliados discudiesen tan maquiavélicamente, los alemanes desarrollaron su programa, estudiado muchos años antes. Para convencer a los países bálticos, no había medio más eficaz que la espada; y esgrimiéndola con ímpetu descomunal, descuartizaron al gigante ruso. Como si poseyeran una virtud mágica, los nombres Lublin, Jolm, Ivan-gorod, Varsovia y un rosario interminable, estremecieron a los Balkanes y tuvieron la eficacia de un sedante: se calmaron los nervios, los muchachos recobraron la tranquilidad, y pusieron oídos de mercader a los negocios que se les ofrecían, aunque sin garantías de que tuvieran éxito. La derrota de Rusia se percibió en todo el mundo, pero donde resonó con más fuerza fué en los Balkanes y en los Dardanelos. Los anglo-franceses fueron allá en busca de auxiliares y comienzan a pensar en si las cañas se volverán lanzas, y surgirán enemigos donde esperaban encontrar servidores.

Así las cosas, Alemania ha abierto el libro y se dispone a plantear la oración por pasiva. ¿Se trata solamente de que fracase el enemigo? No: lo que se desea es su derrota, mediante la victoria de Turquía, que es el disfraz oriental de Austria y Alemania. El razonamiento es muy sencillo; los medios son simples: el palo; el resultado ¡sólo Dios lo sabe!

¿Es menester invadir Inglaterra o echar a pique sus dreadnoughts, guardados bajo siete llaves, para que Albión cante la palinodia?

(El señor A).—¿Me lo pregunta V. a mí, don Subrio?

—¡Por Dios, señor A! ¿no comprende V. que estoy recitando un artículo que he *construido*, como esos otros que construyen literatos antediluvianos con argumentos del siglo XIII? Déjeme V. proseguir. Continúo:

¡No, en verdad! Si los austro-alemanes acaban con Ivanov, la pudibunda Rumanía se ruborizará, se encerrará en su casa y por el jardín pasarán unos cuantos centenares de miles de bárbaros guerreros, que, con otros de filiación búlgara, lanzarán al mar a los australianos, zelandeses, maoris, argelinos, ingleses y franceses, con tal cual senegalés, moro y amarillo...

¡Me ha fastidiado V., señor A! Había ya tomado el tono épico, y la interrupción de V. me ha vuelto a la realidad y he recobrado el buen humor. Trataré de seguir.

Metidos en el mar unos expedicionarios y en las mazmorras de Constantinopla los demás, el simoun se acercará a Egipto; el Afganistán volverá a hacer sus pinitos contra la India; se anunciará el rigodón en el Eufrates...

(El señor B).—Eso ¿es un artículo serio o una guasa?

—De todo hay en la viña del Señor. Por ejemplo,

la victoria, a secas, es alemana; la otra, es inglesa, o italiana, o rusa, o maori, o...

(El señor B).—¿Cuál es la otra?

—¡La final! Desde el primer día estamos en la final. Si tarda mucho ¡qué quebrantados tendremos los huesos! En vez de celebrarla con un banquete, habremos de refugiarnos en un sanatorio, o avisar al sepulturero.

(El señor A).—Acabe V. su artículo, don Subrio; luego, hablaremos.

—Estremecida el Asia y amenazada Africa; cortado el camino de la India, Inglaterra comenzará a padecer del estómago, aunque conservará el apetito; y...

(El señor B).—¿Aún hay una y? ¿No le basta a V. con matar a Inglaterra?

—¿Quién piensa en que fenezca lo inmortal? Decía que Inglaterra sentirá por primera vez la necesidad del salicilato y—esto es lo importante—Alemania verá por fin terminado el bloqueo de sus fronteras, porque tendrá salida al Mediterráneo. Recobrará entonces su vigor económico, y ¿quién osará ya pretender reducirla por hambre, por miseria, por penuria, por asfixia? La última esperanza de los aliados se la habrá llevado el diablo, o sea el infiel mahometano, y Francia tendrá que resignarse, Inglaterra pondrá a mal tiempo buena cara y procurará salir del atolladero aliviando el peso de su bolsa y permitiendo que algunas colonias sean tiranizadas por los bárbaros, y Rusia acaso haya concluido por entonces su tratado de parentesco con el Japón, si es que éste tiene tiempo de pensar en los cosacos, porque el tío Sam le dirigirá miradas cariñosas.

(El señor A).—Se ha olvidado V. de Italia, don Subrio.

—¡Calle, es verdad! ¡Italia, Italia...! ¿La del Isonzo, quiere V. decir? No sé qué hacer con ella. Me ha puesto V. en un aprieto. ¿Cómo terminaré mi artículo?

(El señor B).—Le he oído a V. fantasías, pero como la de hoy, nunca.

—El sentido común me ha dado la noticia. Los ingleses se proponían hacer tal cosa; luego a los alemanes les conviene lo contrario. ¿Se saldrán con la suya? ¿*Chi lo sa?*

(El señor A).—¡Y decía V. que se había olvidado de Italia! ¿A qué, entonces, nos viene V. demostrando su erudición con la cita de voces italianas?

—¡Gracias, señor A! Me ha dado V. el rayo de luz que me faltaba. ¡Oh, insigne Dante, profético Dante, ilustre Dante! ¿Qué mejor que tus geniales versos, de sonoridad incopiable y de hondísimo sentido, para poner fin a mi artículo épico o epiceno!

(El señor B).—¡Rompa V. por fin, don Subrio, y calle de una vez!

—En cuanto a Italia, cogerá los postes fronterizos y grabará en ellos esta inscripción: *Lasciate ogni speranza!*

SUBRIO ESCÁPULA

SUIZA EN TIEMPO DE GUERRA

Conozco muy bien Suiza, en invierno y en verano, desde el ordinario punto de vista del turismo, y me fué muy interesante observar, en una visita



Artillería turca, en los alrededores de Jerusalén

reciente, la diferencia entre el bullicio corriente en el estío y la tranquilidad actual. Suiza está atravesando una gran crisis. El caso del Grindelwald es típico, aunque otros lugares no han sufrido tanto. Aquellos que conocen aquel lindo paraje de veraneo —¿quién no lo conoce?—, saben cuán popular es. La última vez que estuve allí era difícil encontrar una habitación. El gran hotel Bear estaba atestado;

como favor especial, me proporcionaron una cama en un chalet; las calles estaban llenas de alegres grupos; las tiendas hacían negocios locos; el sitio era el cuadro más vivo de un agradable lugar de diversión.

Confieso que este año lo he pasado mejor sin gente, pero esa falta de viajeros ha sido una tragedia para los habitantes. Después de minuciosas investi-



Un inválido alemán de la guerra a quien faltan las dos manos y los dos pies, montado en bicicleta

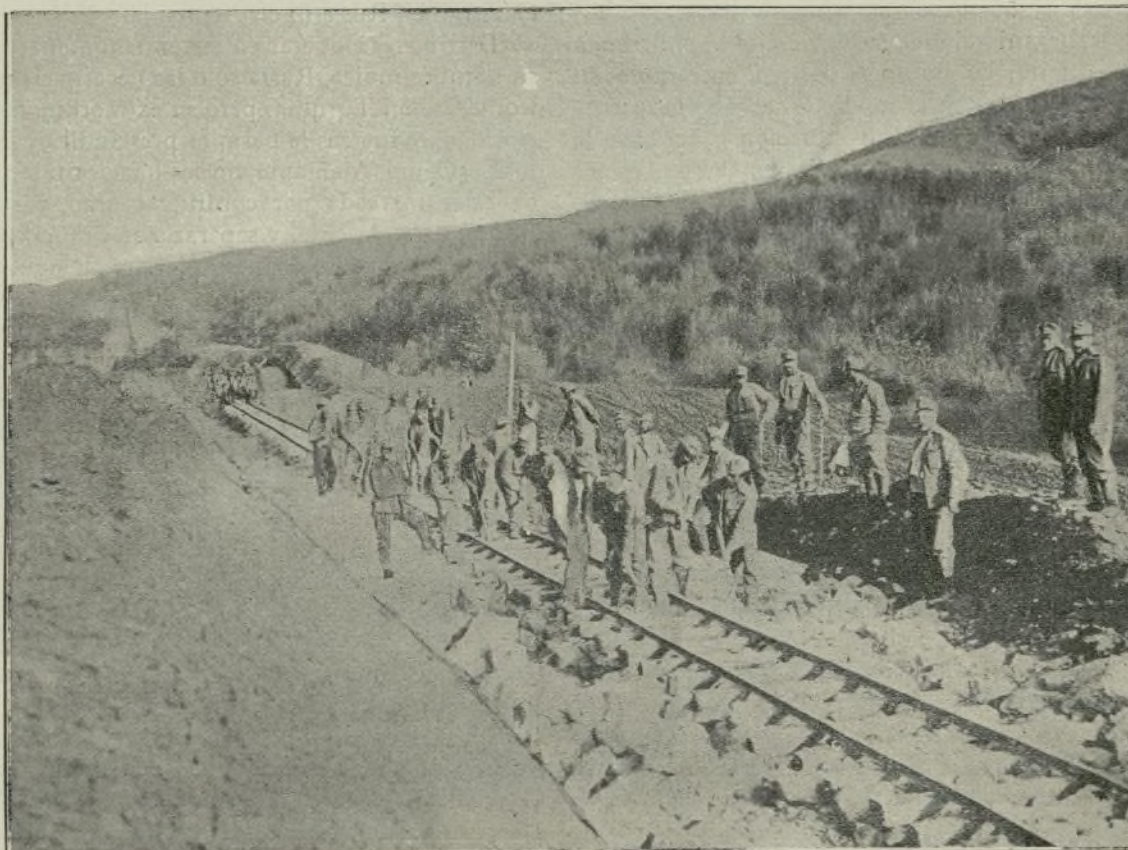


Un regimiento bávaro descansando en una de las carreteras de Galizia

gaciones, en los pocos hoteles aún abiertos, supe que el número total de viajeros era de 19, suizos casi todos ellos. ¡Diez y nueve en vez de millares! El Bear está cerrado; lo mismo el Eiger, el Alpenruhe, el Bristol, y todos los grandes hoteles. Casi todos ellos han permanecido cerrados todo el año. El Alpenruhe, después de una titánica lucha para permanecer abierto, se ha visto obligado a cerrar sus

puertas, cuando sus huéspedes quedaron reducidos a tres.

Interlaken está también casi desierto. En el famoso hotel Victoria, donde en agosto lo corriente es que no admitan pensionistas, porque ha de atender a los transeuntes, le admiten ahora a uno con los brazos abiertos, por diez pesetas diarias. Muchos de los grandes hoteles están cerrados, y los pocos



Construcción de una vía férrea de campaña, en Polonia, por los ingenieros austriacos

abiertos tienen doble número de empleados que de viajeros. En la ciudad hay de 100 a 150 visitantes.

En Mürren, el Kurhaus aún está abierto, y recibe con su proverbial hospitalidad a los viajeros, demasiado escasos para pagar los gastos; pero el hotel de los Alpes, tan conocido por los millares de personas que han hecho de aquel lugar un centro de deportes de invierno, está más sombrío que nunca; con sus ventanas cerradas y sus patios cubiertos de hierba. En Wengen hay un puñado de personas. Lucerna está como en invierno, aunque un cierto número de pequeños lugares junto al lago, tales como Weggis, son teatro de gran animación por la presencia de las más pobres clases de Suiza.

En la Engadina, en sitios como Pontresina y Saint Moritz, se pueden encontrar algunos suizos, principalmente de Zurich, porque el gobierno suizo ha recomendado, a los que disponen de suficientes recursos, viajar todo lo posible, para alentar a los hosteleros; hay allí algunos alemanes y austriacos, pero los trenes van casi vacíos; puede uno elegir el sitio que más le plazca, y pasar de un asiento a otro para ver mejor el paisaje.

Los lugares de turismo en la porción de Suiza donde se habla francés están más animados que el resto del país. Montreaux, aunque fuera de época se sostiene gracias a los viajeros franceses. Evian y Thonon casi podrían haber cerrado sus puertas.

El único sitio de los que visité que parecía gozar de alguna prosperidad fué la pequeña villa de Leèche les Bains, a los pies del paso de Gemmi. Al cruzar el Gemmi, quedé sorprendido por hallar veinte personas en la vieja hospedería, y, al llegar a Leukerbad, me dijeron que muchos hoteles estaban llenos y habían hecho un buen negocio. Esto se debe principalmente a que las termas y aguas alemanas y austriacas han sido cerradas a los franceses e italianos. Vi los mismos alegres grupos de antes en los baños calientes, tomando su café y jugando a los naipes en el agua, como si una guerra no devastara a Europa y arruinara a Suiza.

Quedéme un poco sorprendido cuando me dijeron que no debía tratar de cruzar el tan conocido paso de Furka, porque no se permitía a los extranjeros ir a Andermatt, ni acercarse al paso del San Gotardo.

Los requisitos de pasaportes, registros en las aduanas y demás formalidades, son tan grandes, que pocos se atreven a viajar por Suiza por gusto. Durante mi excursión de tres semanas, no encontré un solo inglés.

En el N. E. de Suiza, en las ciudades como Zurich o Saint Gall, donde el idioma que se habla es el alemán, las simpatías están sin duda a favor del país cuya lengua hablan. Hay más retratos de Hindenburg que de Joffre, pero el deseo de todos los suizos es permanecer absolutamente neutrales.

CRONICA MILITAR

I. Las tropas de montaña.—II. Las operaciones en el teatro occidental.—III. Importancia comparada de los teatros de Francia, Italia y Turquía.—IV. La situación el 6 de octubre

I.—Las tropas de montaña

Si la organización de un ejército se endereza a fines militares, su punto de partida, en cambio, su base, se encuentra en el modo de ser y en las características de la nación. La situación geográfica, la población total, la riqueza pública en sus tres ramas de agricultura, industria y comercio, las cualidades de la raza, la topografía del terreno, influyen en la organización del ejército, como en los demás mecanismos del Estado, e imprimen orientación a la política internacional. De aquí que no haya normas fijas e invariables para determinar la proporcionalidad con que cada arma o servicio ha de entrar en la composición del conjunto; ni tampoco en lo que se refiere a múltiples detalles orgánicos dentro de cada especialidad. De otro modo, la organización del ejército, que es una de las cuestiones más difíciles que pueden proponerse a un gobernante, y que aún no ha sido definitivamente resuelta por nadie, sería un problema al alcance de cualquiera, mejor dicho, no sería problema, ya que bastaría que uno cualquiera lo hubiese solventado y los demás lo copiaran.

Esas diferencias orgánicas de unos ejércitos a otros, que nunca son hijas del capricho y menos de la casualidad, no son sin embargo tan grandes que los no profesionales lleguen a advertirlas fácilmente. Con todo, un aspecto de ellas ha adquirido tanto relieve, que sobre él se ha fijado la atención pública: las tropas de montaña.

Las tienen Francia, Italia y Austria; no se encuentran en Rusia ni en Alemania.

Destinadas a operar en terreno montañoso, como su nombre indica, Rusia sólo las necesitaría para sus fronteras con Turquía, pero su extraordinaria superioridad de fuerzas le permite prescindir de las mismas. ¿Cómo Alemania no las ha admitido, a pesar de estar marcada por cordilleras gran parte de su frontera con Austria, y separarla de Francia la cadena de los Vosgos? Porque el ejército alemán está organizado con vistas exclusivamente a la ofensiva, y no son las montañas lugares apropiados para las grandes operaciones ni para impetuosas invasiones. Fuera menor su población y su poderío que los de Austria y Francia, y tendría que economizar el ejército propiamente dicho para cubrir la porción abierta de sus fronteras y pasar al otro lado si las circunstancias lo permitían; también, entonces, erigiera fortalezas en el S. y en el O., como las tiene en el E., en vez de limitarse a fortificar contadísimos puntos, no para defenderse, sino para utilizarlos como ejes de maniobra.

Francia, Italia y Austria no se encuentran en el mismo caso. La primera es más débil que Alemania; la segunda es inferior a Austria y Francia, y la tercera ha de atender a una dilatadísima frontera, de la cual sólo ocupa Italia una pequeñísima parte, y puede ser acometida directamente por casi todas las grandes naciones militares de Europa.

El pueblo más débil, pero que posee la suerte de

que una cordillera le proteja, trata de obtener provecho de esta ventaja para conseguir un equilibrio, que de otra suerte sería imposible. Se comprende, en efecto, que un reducido número de hombres escogidos, bien preparados y adiestrados, sean capaces de contener en las montañas a tropas mucho más numerosas, y no se contenten con esto, sino que se internen en el país enemigo y lleven a cabo empresas de más o menos consideración; el grueso del ejército, entonces, podrá concentrarse en las zonas más despejadas y hacer frente al adversario, debilitado por el envío a las montañas de no escasa porción de sus fuerzas. Los Vosgos, los Alpes, los Cárpatos, los Pirineos, equivalen, si se saben utilizar, a un aumento del ejército defensor. Por eso Austria, Italia y Francia se han preocupado, más que cuidado, de tener tropas de montaña excelentes y bien dotadas.

Su utilidad se está viendo en la presente guerra. Cerrado el boquete de los Vosgos por el campo atrincherado de Belfort, los alemanes desistieron de avanzar por él; intentáronlo los franceses casi enseguida de declarada la guerra, y fracasaron, porque desarrollaron su ofensiva por el terreno ondulado cuyo centro es Mulhouse. Escarmentados por la dura lección recibida, retiraron de allí casi todo el ejército regular, y entraron los alpinos en acción. Estas tropas, que son lo mejor del ejército francés, tomaron los Vosgos como campo de sus operaciones; hace muchos meses que se baten en ellos, y han conseguido mantenerse en territorio enemigo, sin que la superioridad general alemana haya sido suficiente para contenerlos y rechazarlos al suelo francés.

Los Cárpatos no tienen parecido con los Alpes, ni los Pirineos, ni siquiera con los Vosgos; las montañas no son tan abruptas, las vertientes son más suaves, más anchos los valles, se asciende más gradualmente a las divisorias. No obstante, los batallones del Tirol prestaron eminentes servicios durante el largo período de la ofensiva rusa. Antes de la intervención de Italia, esos batallones fueron llevados a los Alpes, donde también se encuentran los alpinos italianos. Unos y otros cubren a sus respectivos ejércitos y amenazan y tienen en jaque al adversario, permitiendo que el ejército regular, tranquilo y sin temer por sus comunicaciones, combata en el sector del Isonzo, que es el que mejor se presta a las grandes operaciones y a la maniobra de masas. Un solo batallón alpino italiano o tirolés está desempeñando actualmente el servicio que de otro modo se alcanzaría medianamente con una brigada, lo que equivale a decir que un batallón alpino supone un aumento de cinco batallones en el ejército principal; claro es que en términos generales, pues en unos lugares un batallón alpino sólo puede substituir a dos de línea, mientras que en otros, los más ásperos y difíciles, la economía de fuerzas llega a ser de siete, ocho o más. Es muy posible que sin sus alpinos, Italia no hubiese ido a la guerra contra Austria, y es probable también que, sin sus batallones tirolese, los austriacos hubiesen ya perdido casi todo el Trentino y Trieste.

Nuestras guerrillas de la guerra de la Independencia y de las sucesivas discordias civiles, fueron los precursores de las tropas de montaña y en ellas se inspiraron los extraños para crearlas. Nosotros no las tenemos. Es verdad que casi todo el ejército pue-

de considerarse como de montaña, por la procedencia de su personal; pero, con ser importante esta consideración, no lo es todo, ni mucho menos.

Para que una unidad sea efectivamente de montaña, es menester que viva en plena sierra, tanto en verano como en invierno; que los lazos orgánicos sean tan elásticos, que, sin menoscabo de la acción del mando, la audacia, la iniciativa, el arrojo, la resistencia física, todas las cualidades del genuino montañés, sean patrimonio del último soldado y se las encauce a un fin único; que el armamento, el equipo, el vestuario y la alimentación, correspondan al medio y a la especialidad del servicio; que conozcan los montes y las veredas y los pasos, como si allí hubiesen nacido, y que se encuentren a gusto en contacto con las grandiosas fuerzas naturales que sólo aparecen con su plena pujanza en las grandes altitudes. Requieren, por consiguiente, estas tropas, una atención solícita por parte del Estado, nunca excesiva, porque corresponderán con creces el día de la guerra. En las fragosas cordilleras que empiezan en el golfo de Vizcaya y terminan en el mar Negro, hay extensiones de muchos kilómetros donde unos cuantos centenares de buenos soldados montañeses pueden tener a raya a ejércitos enteros.

Francia ha mimado, esta es la palabra, a sus tropas alpinas; lo mismo ha hecho Italia, y en menor grado Austria-Hungría. Es indudable que ninguna de las tres se arrepiente. Si el lector medita sobre las concisas noticias relativas a los alpinos que casi diariamente aparecen en los partes italianos, comprenderá las proezas que están llevando a cabo. Ciertamente, tales tropas no resolverán jamás una campaña, pero contribuyen a resolverla, por la economía de fuerzas que implican; poniendo gran parte de la frontera al abrigo de una invasión, hacen factible la concentración del resto del ejército en los lugares más abiertos, y en este concepto son tal vez el factor principal de la seguridad del territorio.

II.—Las operaciones en el teatro occidental

No han terminado todavía, ni es probable que concluyan en mucho tiempo, los combates en Flandes, Artois y Champaña, últimos ecos de la terrible batalla del 25 de septiembre. Como siempre, apenas detenido, por el agotamiento y la fatiga, el avance de los aliados, los alemanes emprendieron una serie de contraataques, encaminados, más que a recuperar el terreno perdido, a fortalecer la línea de posiciones que actualmente tienen, mediante la ocupación de los puntos más peligrosos. Cuantos más días transcurran en esta semipasividad, tanto más preparados estarán los alemanes contra un nuevo empuje y más adelantada se encontrará la organización defensiva del terreno a retaguardia de la línea de batalla; los obstáculos a vencer por el ofensor serán mayores.

¿Cuáles han sido los resultados de aquella serie de sangrientas batallas? Prácticamente nulos en Flandes, insignificantes en Artois—sector de Arras—y consistentes en la conquista de la primera posición alemana, en un frente de 25 kilómetros por tres o cuatro de anchura, en Champaña. El indudable éxito táctico obtenido por los franceses no ha tenido consecuencias estratégicas. Si hubiera revestido la forma de ruptura del frente enemigo, y se derrama-

ra por la brecha abierta un torrente de tropas intactas, fuera posible la maniobra de revés y de flanco contra los sectores inmediatos, y la retirada de los alemanes no se redujera a las mínimas proporciones

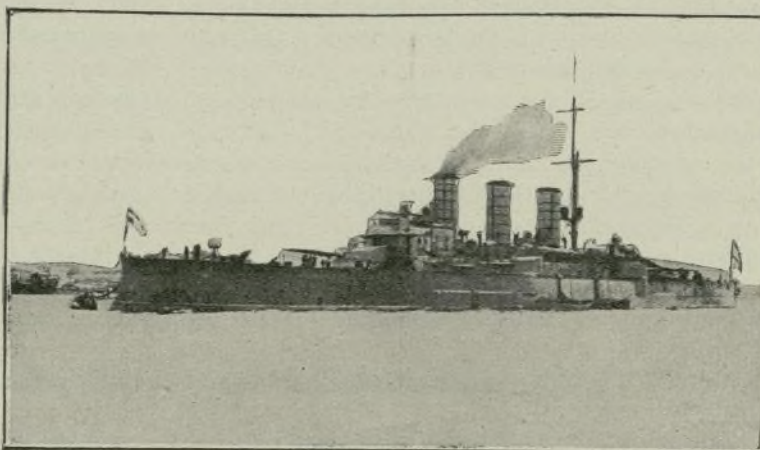


El fondeador de minas alemán «Albatros», varado en la costa

mencionadas. En lugar de esto, el defensor no hizo más que replegarse en una porción de su frente a la segunda línea de defensa, y ésta siguió tan continua y resistente como era antes; se flexó, cedió un poco como si hubiese sido elástica, pero no se quebró. Suponiendo que los alemanes hayan organizado el N. de Francia con la misma previsión y acierto que sus primeras líneas de defensa, serían menester una multitud de batallas como la pasada para rechazarlos hasta la frontera belga, y es muy dudoso que Francia se halle en estado de derramar sin tasa la sangre de sus soldados para librar por métodos tan lentos su territorio invadido. No hay datos concretos sobre el número de bajas padecidas por los franceses en la batalla de Champaña; sin temor a que los hechos, cuando sean conocidos, me desmientan, cabe asegurar que exceden de 150.000 hombres. Que los sacrificios fueron inmensos lo da a comprender el cierre temporal de las fronteras para servirse de todos los trenes en el transporte de heridos; la llegada de muchos de éstos a las provincias lindantes con los Pirineos, y la misma suspensión de la ofensiva.

No se emprende un ataque a fondo contra una línea tan fuerte como la alemana sin que previamente se hayan tomado todas las medidas conducentes a completar la victoria, esto es, sin situar a la inmediación de los cuerpos enviados al asalto, otros de refresco que se empeñen cuando ya los primeros han quebrantado la resistencia del defensor. Sería ofender al general Joffre el suponer que había olvidado esta precaución elemental. No obstante, las reservas no pudieron completar la ventaja adquirida, y ello implica la afirmación de que también las columnas de retaguardia sufrieron muchas bajas. Agotadas las tropas de ataque y sus reservas, cuyo efectivo total no debió ser inferior a ocho cuerpos, la paralización del avance fué irremediable, y en aquel mismo momento comenzó la contraofensiva alemana, la cual, alternada con asaltos parciales de los franceses, continúa todavía, y no se interrumpirá hasta que tenga lugar otro resuelto asalto.

El número relativamente grande, de 25.000, prisioneros alemanes, se explica por la abrumadora superioridad de la artillería francesa concentrada en la Champaña; quebrantada la línea de fuego de los invasores, aquella artillería debió cubrir con una lluvia de fuego el terreno a retaguardia, y como las comunicaciones entre las trincheras son angostas y no se prestan a la marcha rápida de gruesas columnas, gran parte de las guarniciones de los atrincheramientos avanzados se encontraron en la imposibilidad de retirarse. Además, como la posición alemana fué forzada inicialmente en dos puntos, es claro que los sectores más inmediatos quedaron envueltos, y en ellos cap-



El crucero acorazado italiano «Amalfi», echado a pique por un submarino austriaco

turaron los franceses casi todo el material de guerra que fué el botín de su victoria.

Tampoco es sorprendente que los alemanes hicieran más de 14.000 prisioneros. Las masas de ata-

que forzosamente debieron disgregarse y desorganizarse al ocupar la primera posición enemiga, y su posterior asalto a la segunda careció de la cohesión del anterior y tampoco estuvo tan eficazmente apoyado por las baterías. Un alud de hombres que se precipita casi en dispersión contra atrincheramientos que cruzan sus fuegos, rotos ya los lazos orgánicos y sin que el mando conserve la efectiva dirección del nuevo empuje, son fácilmente víctimas del defensor, si éste no ha perdido su moral ni se ha descompuesto; y que los alemanes mantuvieron su eficiencia combatiente, lo demuestra la circunstancia de no haber cedido la segunda línea de defensa y emprenderse seguidamente desde ella atrevidos y resueltos contraataques.

Pudo haber sido la batalla de la Champaña un segundo caso de lo acontecido en el Dunajec, pero, por desgracia para los franceses, no hay paridad en ambos encuentros. En el río de Galizia, una vez roto el frente ruso, se precipitó por el claro un mar de hombres y los rusos se declararon en huida, sin detenerse en sus posiciones de retaguardia; en la Champaña, el boquete estaba ya cerrado con anterioridad por una segunda posición, y los alemanes, lejos de huir, redoblaron su resistencia. Se comprueba una vez más que la fuerza de los atrincheramientos y su valor táctico, no son susceptibles de valores absolutos, dependiendo su eficacia de las cualidades de las tropas que los guarnezcan. Hágase lo que se haga, el hombre será siempre el factor principalísimo en la guerra; si se prescinde de él, de su espíritu, apenas se encontrará explicación a ningún hecho, por insignificante que parezca.

No es de creer que los franceses estén satisfechos de la batalla de la Champaña. El resultado obtenido es infinitamente inferior al precio por él pagado. De hecho, la configuración general del frente de batalla no ha cambiado, y en un plano o mapa que comprenda el teatro de la guerra, en una escala parecida a los que se han publicado en esta *Revista*, no se apreciaría la pequeña modificación. Después de haberse ponderado tanto la escasez de municiones de los aliados y los esfuerzos hechos para fabricarlas en suficiente cantidad, hubieron de derrocharse en cuarenta y ocho horas los proyectiles salidos de los talleres en varias semanas de trabajo, para un avance de cuatro kilómetros en una sección del frente que sólo representa la trigésima parte de la longitud total. El sacrificio en hombres equivale a casi cuatro cuerpos de ejército, o sea un quinceavo de la totalidad de las fuerzas. En otro concepto, no hay duda que la aparente victoria se hubiera trocado en grave derrota, de haber dispuesto los alemanes de suficientes reservas para empeñarlas en el momento crítico; no se encontraba en tales condiciones el invasor en aquella ocasión, pero sería imprudente asegurar que siempre ha de acontecer lo mismo; cabalmente, una de las garantías de éxito de la ruptura total del frente enemigo ha de buscarse en un ataque previo de éste, que haya sido rechazado, porque nunca es más difícil la resistencia que cuando el asalto ha fracasado: la defensiva táctica, seguida de un contraataque, es el método ideal de obtener la victoria con escasas pérdidas, y si no se aplica más a menudo es porque, en general, el atacante suele disponer siempre de muchas más fuerzas que el defensor. En el caso pre-

sente, sería una ligereza que los aliados contasen demasiado, al planear sus proyectos, con esta ventaja, que hoy es accidental, no definitiva.

Es lógico, por consiguiente, que el éxito táctico, sin transcendencia apreciable, no haya despertado grandes entusiasmos en Francia. Por este camino, ella misma se destruiría y se inutilizaría antes de llegar al choque final.

Del lado alemán, tampoco hay motivo para grandes satisfacciones. Es verdad que se ha comprobado la fuerza de resistencia de las líneas en Francia y la cohesión de las tropas, pero, al mismo tiempo, los franceses han adquirido la convicción de que el obstáculo que tanto tiempo les ha detenido no es inexpugnable. Por otra parte, las bajas alemanas, que no deben distar mucho de 100.000, representan para este ejército una debilitación mayor que el doble para los aliados, por la desproporción de fuerzas. En lo sucesivo, el gran cuartel general alemán tendrá que atender más que hasta aquí el frente occidental, con menoscabo de las operaciones en los demás teatros.

Comparada con la batalla de Champaña, la de Artois ha sido de importancia secundaria; y, en Flandes, los ingleses han sido menos afortunados que sus aliados, pese a su bravura y a haber puesto en combate masas relativamente mayores que los franceses, dada la diferencia de longitud de los frentes relativos. Y es que los ejércitos no se improvisan, aunque otra cosa se sostenga y se aparente creer; se podrá componer más o menos rápidamente el cuerpo, el organismo, pero el alma es de formación muy lenta. Lo dije el primer día de la guerra y lo he repetido con frecuencia: Inglaterra tendrá algunos o muchos centenares de miles de hombres en Francia, pero hasta el fin de la guerra no contará con un grande ejército digno de este nombre, aunque antes haya prodigado gruesas sumas en material y personal y elementos variados. La falta de preparación en estas materias se paga cara: las economías de la paz se pierden con exceso en una sola semana de guerra, y se llega a ella, y es lo peor, con un instrumento—el ejército—inadecuado, por no prestarse a un desenvolvimiento brusco y apresurado; su evolución ha de ser lenta, gradual y metódica y fruto de una atención solícita y asidua en los tiempos de paz.

Llama la atención que la ofensiva francesa se repita desde septiembre de 1914 a hoy en los mismos lugares, sin que en otros sectores, como el de Roye, que parecen más propios para lograr felices resultados, al duelo de artillería hayan seguido los combates de infantería. Se deberá esta aparente anomalía a la situación de las reservas alemanas y a la organización defensiva general del frente, datos que no conoceremos hasta que se firme la paz, pero que no son ignorados de los cuarteles generales, gracias a los servicios de espionaje y a los reconocimientos aéreos; los aviones han resultado más útiles en este concepto que como armas de combate, aunque en los partes oficiales, destinados a impresionar al público, se haga hincapié en las luchas aéreas y bombardeos efectuados por los aeroplanos y se omita lo que se refiere al papel explorador de éstos.

III.—Importancia comparada de los teatros de Francia, Italia y Turquía

El fuerte aldabonazo dado en Francia por los

aliados no ha contenido a Bulgaria, contra quien iba principalmente dirigido. En cambio, ha coincidido con una disminución de la actividad austro-alemana en Rusia, si bien no debe inferirse que esa paralización tenga como origen el envío de tropas del frente oriental al occidental; más creíble es que los alemanes estén preparando las últimas operaciones contra los rusos y adopten las disposiciones oportunas para dar por terminada su campaña en el Este en el caso de convencerse de que no les es posible asestar el golpe mortal al centro ruso.

Sea lo que quiera, así que las dos alas mokovitas hayan sido empujadas un poco más atrás, sobrarán fuerzas austro-alemanas en oriente, y la guerra cobrará intensidad en otro teatro. ¿En cuál? El fracaso de las gestiones diplomáticas de los aliados cerca de los reinos balcánicos, ha introducido un nuevo factor—Bulgaria—que pesa sobre los planes militares y se antepone a ellos.

La campaña en Francia no lleva camino de una decisión rápida. Tienen los alemanes mucho terreno donde defenderse desde su frente de batalla a sus fronteras, verdadera senda de espinas donde los aliados dejarían a girones su poderío militar. No menos de dos millones de hombres tendrían que llevar a Francia los alemanes, para prometerse un éxito de consideración, que les acercara positivamente al fin de la guerra contra los franceses; quedarían entonces en pie el problema británico, el italiano y el turco. ¿Se encontrarían los imperios centrales en aptitud de resolver los tres, sacrificando millares y millares de hombres? Resueltamente, no.

En los presentes momentos, aunque el ejército ruso ha sacado de sus desdichas fuerzas que parecían extinguidas, no es temible ya como instrumento ofensivo. Preferible para sus vencedores hubiera sido acabarlo de derrotar, pero el efecto esencial está conseguido: Alemania y Austria-Hungría no tienen nada que temer de Rusia, en un período muy largo; antes de que concluya, se habrá firmado la paz.

Ni la derrota de Francia, ni el vencimiento de Italia serían el triunfo definitivo de los dos Imperios. La supremacía marítima de Inglaterra seguiría poniéndoles en una situación difícil, y la pérdida temporal de los mercados europeos y de ultramar podría degenerar en permanente. El verdadero enemigo es Inglaterra; los demás son secundarios, luego de inutilizada Rusia. Por eso es de esperar que la tenacidad y perseverancia desplegadas por los austro-alemanes contra Rusia, se ejerzan en lo futuro, con mayor vigor si cabe, contra la Gran Bretaña.

Dos medios hay de operar contra Inglaterra: obrar sobre la metrópoli, lo que exige como cuestión previa la obtención de una gran victoria naval; atacarla en su punto vulnerable: las colonias. Durante muchos meses, Alemania ha perseguido la destrucción del poderío naval británico; sus tentativas no han tenido el éxito que acaso esperaba: las unidades de combate, encerradas en los grandes puertos militares y a cubierto de los ataques de los submarinos, sólo se han aventurado rara vez en alta mar, protegidas por numerosas escuadrillas de unidades veloces. Los más de los dreadnoughts, en las bases navales del S. y O. de Inglaterra, se encuentran fuera del radio de acción de los dirigibles alemanes, y, como no navegan, conservan todas sus cualidades marine-

ras y militares. Por otra parte, la superioridad de la flota británica es tanta, que no la han mermado sensiblemente los contratiempos debidos a los submarinos. En resolución, Alemania ha perdido la esperanza de derrotar directamente a su poderosa rival; toda vez que no ha logrado cortar, ni siquiera hacer precaria, la comunicación entre la metrópoli y el ejército expedicionario en Francia, menos ha de esperar llevar su acción contra la escuadra de combate; el desembarco en Inglaterra no merece siquiera ser tenido en cuenta. Salva al Reino Unido, como muchas otras veces, su magnífica situación insular, favorecida por la posesión de la mejor flota de guerra del mundo. El ataque debe ir por otros derroteros.

El canal de Suez es el cordón umbilical de la Gran Bretaña. Su existencia es frágil, porque se abre entre países mahometanos, dominados y sometidos, pero no avenidos de buen grado con el protectorado inglés. Juntamente a este frágil paso, hay que considerar un inmenso territorio no más seguro. El prestigio inglés contribuye más que la fuerza de las bayonetas a la dominación de la India; si aquel se quebranta y el canal de Suez se cierra a la navegación, la guerra civil se encenderá en el Indostán y la Gran Bretaña perderá la fuente principal de sus recursos; las colonias africanas no bastan a llenar sus necesidades; el hambre, la ruina y la miseria serían las consecuencias lógicas del cierre del canal. No hay que decir que Inglaterra habrá extremado las precauciones para descartar eventualidad tan temible; pero como Egipto se encuentra lejos y mucho más apartada la India, y los más de los recursos militares de Inglaterra están en Francia, hay verdaderas dificultades en poner el canal a cubierto de un ataque, teniendo a retaguardia un país que en el momento menos esperado puede alzarse en armas. Ello no tendrá lugar, ni tampoco los chispazos de rebelión en la India se extenderán, mientras Inglaterra no pierda su fuerza moral ni sufra un rudo golpe que la haga desmerecer en el concepto de sus colonias. Nada peor para ella, que fuera Turquía quien le infligiera una derrota, porque, en tal caso, la guerra religiosa estallaría fácilmente en Egipto y en la India, cuyos alzamientos no podría reprimir prontamente la Gran Bretaña, ocupada como se encuentra en serias y difíciles operaciones en Francia, que en modo alguno debe desatender, a menos que se exponga a que sus actuales aliados le vuelvan las espaldas.

De aquí que la derrota de los aliados en los Dardanelos entrañe para Inglaterra graves peligros y sea precursora de golpes aún más sensibles contra el canal de Suez.

Hace ya un año que Alemania intentaba dirigir su acción contra Inglaterra por este camino de Turquía y Suez, y prueba de ello es la intervención del Imperio otomano en la guerra. Contrarrestó sabiamente, en el concepto político, aunque con notoria torpeza en el militar, Inglaterra estos planes, atacando los Dardanelos y desembarcando en Gallípoli; antes que en atacar, tuvo Turquía que pensar en defenderse, y quedó en suspenso la expedición contra el canal de Suez; es probable, no obstante, que se hayan aprovechado los últimos meses para preparar el avance de fuertes columnas a través de los desiertos arábigos.

El reembarco de las tropas aliadas que combaten en Gallípoli haría cambiar la situación general. Serbia, aplastada, nada podría contra Rumanía y Bulgaria, y Grecia, sin salir de su neutralidad, no se opondría a las operaciones de los alemanes. Vencedor el gran jefe del Islám, como un reguero de pólvora se extendería por Asia y el Norte de África la agitación musulmana, y habría llegado el momento propicio para atacar el canal de Suez; más importante éste para Inglaterra que las costas francesas del canal de la Mancha, tendría que distribuir su atención y sus recursos en dos teatros muy apartados entre sí; y los submarinos alemanes y austriacos gozarían en el Egeo de una libertad que ahora les está vedada.

Es natural, por consiguiente, que Alemania y Austria se apresten a acudir en auxilio de Turquía y en apoyo de Bulgaria, atravesando el Danubio e invadiendo Serbia. La empresa es seria y está preñada de dificultades, nunca tantas como las que se les opusieron en la campaña contra Rusia, pero en la guerra no se llega a los grandes objetivos por caminos llanos y trillados.

Se hace ascender a más de medio millón de hombres el ejército reunido por los austro-alemanes para agredir a Serbia por el N. y pasar a Bulgaria. No creo que sea menester un efectivo tan poderoso, porque daría mejores y más pronto resultados combinar aquel ataque con otro emprendido por los austriacos desde el O. y con un avance de los búlgaros en Macedonia. Es claro que si realmente el propósito de los austro-alemanes es trasladar un ejército a Gallípoli, la masa principal, que sería suficiente fuera de 250 a 300 mil hombres, debe partir de la región del Danubio inmediata a Rumanía, donde truenan el cañon hace días.

Lleguen o no los austro-alemanes a Gallípoli, basta que intenten la marcha para que los aliados tengan que subdividir aún más su acción, porque la mejor manera de parar el golpe contra las tropas expedicionarias en aquella península es efectuar un desembarco en las costas de Macedonia, probablemente en Salónica, aunque así se expongan a malquistarse con los griegos. Por consiguiente, el ataque a Serbia, apenas se inicie, tiene una segunda finalidad más importante: la dispersión de esfuerzos de los aliados y la necesidad en que se les pone de atender aún más a la campaña contra Turquía. Si por fin se realiza la marcha hasta Gallípoli, la guerra en Francia se activaría extraordinariamente, porque Inglaterra habría de agotar sus energías en Flandes para conseguir que los alemanes llevasen sus tropas disponibles a Francia, abandonando la expedición a Turquía.

Por el momento, la situación no está clara. Hay preparativos contra Serbia, pero no se sabe su objeto preciso ni su importancia. Lo lógico es que las operaciones futuras estén subordinadas a las últimas que se desarrollen contra Rusia; tienen los austro-alemanes guerra en tres teatros, y son demasiados para que, sin esperar que concluyan en uno por lo menos, se aventuren en un cuarto. Sólo en el caso de que la cooperación de Bulgaria sea sin reservas y de que este reino supeditase su objetivo particular—Macedonia—al común de sus aliados, sería de esperar un ataque inmediato contra el N. E. de Serbia.

La consecuencia es que, a pesar de las batallas de Artois y Champaña, el interés de la guerra no se

aleja de oriente; se va perdiendo en Rusia y se acentúa en los Balkanes, que van a presenciar acontecimientos más trascendentales aún que los que jalonaaron la entrada victoriosa de los turcos en el S. E. de Europa. A Italia y Francia, dominadoras de países musulmanes en el litoral norteafricano, toca también muy de cerca lo que ocurra en Turquía y sus antiguas provincias, hoy independientes, y, de rechazo, toda Europa está pendiente del problema mediterráneo.

Admitido que para los alemanes es más interesante la guerra en Turquía que la que sostienen en Francia, ocioso es consignar que la campaña contra Italia ha quedado relegada a segundo término y no constituye serio motivo de preocupación para los imperios centrales. Pronto las nieves interrumpirán las operaciones en los Alpes, reduciéndolas al Adigio y al Isonzo.

IV.—La situación el 7 de octubre

Aunque terminado el 27 de septiembre el ataque que el 25 emprendieron los aliados en el frente occidental, las operaciones no se han interrumpido en absoluto, ni han quedado reducidas a cañoneos más o menos vivos. Lejos de esto, en Champaña los franceses dan muestras de grande actividad, habiendo reanudado los asaltos, aunque de un modo parcial. Lo mismo acontece en Artois. En ambas regiones han obtenido algunos pequeños éxitos, que no modifican la situación general. Los ingleses, que perdieron gran parte del terreno conquistado el 25 de septiembre, no han tomado otra vez la ofensiva.

Los periódicos de Londres reconocen que Inglaterra tiene en el frente occidental más de un millón de hombres, evaluando algunos la totalidad de las tropas en Flandes, incluyendo los servicios de retaguardia y las guarniciones del litoral francés, en cerca de dos millones de hombres. Como desde Arras al N. O. de Ipres, se encuentran además los ejércitos franceses, se comprende la enorme presión que en un momento dado pueden ejercer los aliados contra la línea alemana de Artois y Flandes. Al parecer, en la batalla de Champaña tomaron parte tres ejércitos franceses.

La actitud ofensiva de los aliados, no abandonada desde el 27 de septiembre, puede interpretarse como indicio de que no tardará en renovarse el ataque en grande escala, lo cual muy bien pudiera ocurrir en otro sector que hasta ahora no ha sido teatro de luchas enconadas. Posible es también que se trate de tener a los alemanes bajo una amenaza constante, con el fin de entorpecer las operaciones contra Rusia y la invasión de Serbia; pero es difícil que el gran cuartel imperial se deje impresionar mucho por esa actitud, una vez acordado el partido de que debe intentarse llegar a la resolución de la guerra en los Balkanes y el canal de Suez.

En el frente oriental, se ha interrumpido la ofensiva de los ejércitos alemanes del centro; son los rusos, por el contrario, quienes atacan tenaz y violentamente, hasta ahora sin éxito. Los alemanes han conseguido algunas ventajas, de escasa importancia, en el Duina y entre Dvins y el Vilia. En la región del S., rechazados los ataques de los rusos contra la línea del Strypa, en Galizia, un núcleo importante de fuerzas fué llevado más al N. del triángulo—Luzk,

Dubno, Rovno—de Volinia, sobre el flanco de los ejércitos que forman el ala derecha austro-alemana. Como consecuencia, los austriacos tuvieron que retroceder, para no ser envueltos, y evacuaron Luzk. Pero la maniobra rusa ha sido imitada, en más gran escala por los invasores; la caballería moskovita, que cubría el espacio entre el triángulo y los pantanos de Rokitno (Pripet), fué rechazada sin grandes dificultades, y el general Linsingen ha dirigido un ejército sobre el Styr, cuyos pasos ha forzado, avanzando hacia el E. y obligando a los rusos a evacuar Luzk por segunda vez.

En resumen: en el teatro oriental, la invasión alemana se ha detenido en el centro y se combate en las alas. ¿Ha terminado, por ventura, la maniobra alemana? ¿Se está preparando la dirigida a poner fuera de combate al centro ruso? ¿Han influido las operaciones en occidente sobre las que se desenvolvían en el Este? ¿Acaso la necesidad de cooperar en la acción de Bulgaria ha obligado a retirar tropas de Rusia? Es pronto todavía para discutir esos puntos y discernir cuál es el propósito que anima al gran cuartel general alemán. No han de pasar muchos días sin que desaparezca la incertidumbre, y es probable que en la próxima *Crónica* pueda ya examinarse la nueva situación general que se ha creado en los diferentes teatros de la guerra. Por ahora, conviene dejar en suspenso el juicio sobre las determinaciones de los alemanes; pero ello no es óbice a que se deje de tributar un elogio a la conducta de los rusos. Aunque sus incesantes y violentos ataques no se traduzcan en resultados materiales, y es muy difícil que los obtengan apreciables por mucho que se esfuercen en conseguirlos, han alcanzado un beneficio moral de grande importancia.

La incesante y prolongada retirada; la evacuación de las plazas fuertes; el abandono del territorio; la devastación, el incendio y la destrucción de pueblos, aldeas y cosechas, ha ejercido—no es posible ponerlo en duda—un efecto deprimente sobre el ejército y, acaso más grave aún, en la población civil. El retorno a la ofensiva ha alejado del soldado el sentimiento de la derrota, no ve ya el retroceso como consecuencia obligada de cualquier combate, y estará renaciendo la confianza en sí mismo y en el mando. Será menester que los ataques fracasen una y muchas veces, para que el desaliento vuelva a pesar sobre las tropas rusas, ejerciendo sobre ellas sus perniciosos efectos. Asunto es este sobre el que convendrá volver oportunamente.

En el frente italiano no han ocurrido novedades. Tampoco se han registrado en Gallípoli y los Dardanelos, donde las operaciones acaso se suspendan, considerando que la suerte de Constantinopla y el

paso de los estrechos, no es allí donde se resolverán, sino en los Balkanes.

Bulgaria ha presentado un ultimatum a Serbia; las hostilidades comenzarán de un momento a otro, porque la movilización búlgara está a punto de terminar. Para contener el avance de los austro-alemanes sobre Constantinopla o impedir la marcha de un ejército búlgaro a Gallípoli, Francia e Inglaterra están desembarcando tropas en Salónica, con la protesta, pero sin la oposición de Grecia. Mientras Bulgaria se dispone a agredir a Serbia por el Este, los austro-alemanes inician un ataque convergente por el Drina, el Danubio y el Save. No está definida la actitud de Rumanía, ni la de Grecia, naciones que difícilmente podrán mantenerse neutrales mucho tiempo; del partido que abracen más o menos pronto, depende principalmente el sesgo que tome la guerra en los Balkanes, y de lo que allí acontezca puede venir la solución del conflicto europeo. Está tan enredada la madeja que no cabe hacer vaticinios, porque el menor incidente o el hecho más imprevisto cambiará súbitamente todo el cuadro.

En ningún teatro como en aquel serán los planes militares menos concretos y firmes, toda vez que habrán de acomodarse en cualquier momento a los cambios políticos. La situación militar que en la península balcánica se ha formado es la más confusa que se ha presentado jamás en el mundo, y hay que esperar a los primeros actos de los ejércitos para orientarse en ella. Los aliados atacan a los turcos en Gallípoli y les amenazan en el Asia menor; los turcos amagan en el canal de Suez y son agredidos por los ingleses en el Tigris; chispazos de revueltas menudean en la India, teniendo su foco en el Afganistán, y se combate en el Cáucaso; van a lanzarse los aliados contra los búlgaros, partiendo de territorio neutral, griego, mientras los búlgaros acometen a los serbios, que han de resistir también el choque de los austro-alemanes; y Rusia parece que, haciendo un supremo esfuerzo se propone acometer a los búlgaros en el litoral del mar Negro, a donde han trasladado su actividad los submarinos alemanes. Conjunto de hechos y propósitos enredado, confuso, y que puede dar lugar a múltiples e inesperadas sorpresas. Ni los entendimientos más perspicaces, ni los estadistas que mejor conozcan los factores que han de intervenir, pueden evanecerse de acertar la solución. Los primeros hechos militares han de marcar el rumbo de los demás y pesarán poderosamente sobre Rumanía y Grecia, cuya importancia en la contienda mundial puede adquirir un carácter decisivo.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

8 octubre 1915.